



SEMANARIO ILUSTRADO

<p>DIRECTOR Eduardo Sánchez de Castilla</p>	<p>ADMINISTRACIÓN CLAUDIO COELLO, 21</p>	<p>DIRECTOR ARTÍSTICO FÉLIX DE LA TORRE</p>
--	---	--

COSTUMBRES POPULARES DE MADRID



EL MUNDO NUEVO, POR MOTA.



Después de la fresa y las golondrinas llegan á Madrid todos los años los simpáticos y apreciables *isidros* en grandes bandadas; llegan desplegando en guerrilla para atacar los reductos más inexpugnables y las más abrigadas posiciones en los domicilios de los pacíficos madrileños. De éstos, pocos consiguen librarse de la feroz acometida; pocos logran pasar la *semana terrible* sin verse obligados á abandonar el propio lecho ó á reducirse á los más concisos términos de la comodidad en la casa, de la cual una parte queda á discreción de los invasores, que vivaquean generalmente en el comedor ó en la *leonera*; y menos mal si no se aventuran á peligrosas incursiones en la cocina ó despensa, previamente provistas de abundantes bastimentos en previsión del sangriento choque.

La invasión de los *isidros* ya es en Madrid un fenómeno ineluctable, natural, como los dos mencionados, como la llegada de la fresa y la de las golondrinas.

Los *isidros* son muestra magnífica de la admirable estabilidad, de la fuerza incoercible que la tradición tiene en este bendito país. Los periódicos saldrán diciendo que este año han venido más ó menos *isidros* que el año anterior. Eso se dice siempre; pero no hay que hacer caso.

Todos los años viene á Madrid el mismo número de *isidros*. Es cosa mecánica, indudable, algo así como las crecidas del Nilo. Este año, como el pasado, apenas habrá, en los pueblos de donde procede la *isidrada*, familia alguna que no tenga individuos suyos en la guerra; apenas sobrarán cinco duros en los lugares mejor acomodados. Pues ya lo ven ustedes, y no crean lo que dicen los periódicos, ni lo que plañen los mercachifles y alojeros; vienen tantos *isidros* como cuando había paz y calcetas henchidas de oro, que después ha tomado el camino de las agencias de sustitución y reclutamiento.

San Isidro es el 1.º de Mayo para los trabajadores del campo; es la fiesta tradicional del resignado obrero del azadón y de la manquera; del que, siendo más infeliz que todos los obreros de *blusa larga*, no gruñe, ni protesta, ni amenaza, aunque discurre quizás, y sin quizás, con más lógica, y concibe con mayor rapidez, y habla con más castiza claridad.

En eso hemos de pensar al ver las hileras de *isidros*, serpenteando por las calles de la corte: en que ellos son los que en realidad trabajan, y sudan, y perecen para mantener y sostener todos nuestros artificios cortesanos; en que ellos producen, mientras nosotros, obreros de la ciudad y burgueses, apenas si acertamos á mal transformar lo producido.

Entendiéndolo así, el dictado familiar de *isidros* debe ser para ellos un título á la consideración de los ciudadanos canijos y desmirriados de la capital, que son la mayoría; y cada uno de nuestros visitantes podrá decir con orgulloso ademán al envolverse en su manta de raja de Segovia, con la dignidad de un ciudadano romano envolviéndose en su *pretextas*: — *Cives, non: isidrus sum.*

*
*
*

La catástrofe del Bazar de la Caridad en París ha contristado los ánimos y ha recrudecido los pesimismo latentes en casi todos los cerebros. Cada una de estas desgracias colectivas viene á ser una prueba más grande y más triste del imponderable egoísmo de la humanidad y de la pavorosa degeneración de los espíritus. Reúnense en un salón algunos centenares de señoras y de caballeros, insignes por su cuna y por su educación, movidos por el deseo de practicar de manera fácil y grata una virtud tan recomendable como la caridad. Las señoras lucen sus mejores galas, como en el día del *Grand Prix*, ó en el día del *vernis-*

sage; los caballeros aderezan las miradas más insinuantes y embotellan las frases más ingeniosas de su repertorio. Un venerable prelado bendice los objetos cuyo producto en venta ha de remediar las desgracias que remediar sea posible. Se espera al Presidente de la República, que dará al *espectáculo* la consagración oficial. En el salón parece que se respiran las buenas intenciones y los sentimientos caritativos; parece que el amor á la humanidad, la compasión hacia el prójimo, impulsan á todos los presentes. Pero se oye de pronto la aterradora voz de ¡fuego!, y en dos segundos, no ya sólo de sentimientos caritativos ni de amor al prójimo, pero ni siquiera del instinto brutal y ciego de la propia conservación, que rara vez pierden los llamados irracionales, queda el menor vestigio. Los más forzudos, los más crueles ó los más audaces y templados suelen salvarse; perecen los débiles por débiles, no por confiados ni por atentos al daño ajeno. El egoísmo delirante se apodera de la masa *aconsciente*, ó, mejor dicho, de los individuos que en pocos minutos, por obra de ese egoísmo y del miedo, vuelven á ser masa amorfa, montón de órganos que se mueven sin querer y que palpitan sin pensar, y que entre sí se desgarran, sin sentirlo casi. Entre ese montón, gallardamente resalta una bellísima figura, la de la gentil Duquesa de Alençon, que eleva los ojos al cielo, se abandona á las llamas, que la cercan y la prenden, renuncia al combate feroz, y muere con la tranquila resignación de los mártires: ejemplo ciertamente conmovedor de cómo en las almas heroicas van juntas y á compás todas las virtudes, y la caridad se trueca en fe y en esperanza cuando se siente ineficaz para hallar remedios.

No sé quién ha dicho que la caridad es la basa, la fe la columna y la esperanza el capitel. En las sociedades modernas, ya se ve, algunas basas hay; pero si bien se las mira, se verá que no son de piedra muy firme. De columnas, ya se anda bastante mal. Y lo que es *capiteles*, Dios los dé.

La esperanza más firme hoy día es la manifestada en el último término de la divisa *yankee*: *Help yourself*. *Esperanza en ti mismo*, es decir, una esperanza egoísta á más no poder.

*
*
*

En el momento en que se escriben estas líneas (con la espantable anticipación precisa en todos los periódicos ilustrados) está para llegar á la Península el general Polavieja. Esperamos que se le haga un recibimiento magnífico y entusiasta, como se merece el vencedor de la insurrección filipina. Las noticias que á diario comunica el general Primo de Rivera sobre la marcha de los sucesos en aquella campaña prueban que el empuje grande se ha dado ya y que la insurrección está *escarbando para echarse*, como dicen. ¡Lástima es que al general Polavieja no le acompañen los valientes soldados de Silang, de Dasmariñas, de Imus y de Cavite, sobre todo los indígenas leales, prototipos del honor militar y del respeto hierático al juramento! Á oficiales recién llegados de aquella campaña hemos oído referir la bravura incomparable del indígena, y su habilidad y destreza para imitar con el veterano Remington la rapidez del Mauser. Los indígenas—decíanos un oficial—se industrializan de modo, que entre dedo y dedo de la mano derecha colocan dos cartuchos; manipulan con la izquierda el extractor, y sin abandonar el gatillo ni la llave, alojan el cartucho con celeridad é invierten el mismo tiempo en cargar el Remington que en volver el cerrojo del Mauser.

Este pormenor práctico prueba las ventajas del ejército colonial, y no sería aventurado suponer que en guerras como la de Cuba sirviese tanto ó más que el ejército de la Península el del Archipiélago filipino.

*
*
*

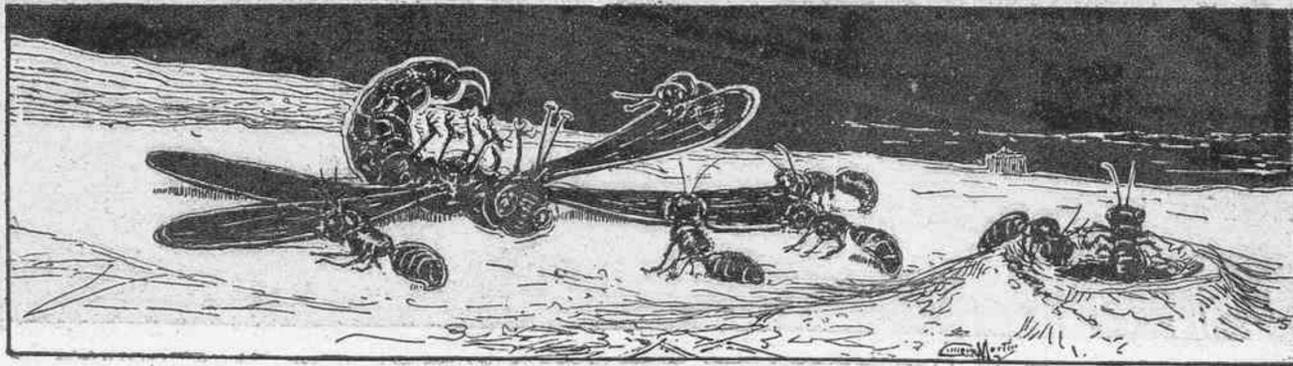
Las carreras de caballos se han verificado en medio de la habitual indiferencia pública. Quiere decirse que los *capitalistas* y desocupados, en lugar de repartirse, como de costumbre, por todas las afueras de Madrid, han fijado sus reales en los altos del Hipódromo y se han deleitado gratis con los atractivos del *turf*. Es un fenómeno digno de observarse este de que hay en la Villa constantemente unos cuantos millares de individuos que pasan las tardes de sol tumbados alegremente por las inmediaciones de la zona fiscal. Esto acontece tanto los días de trabajo como los de fiesta, y lo único opinable de tal asunto es si continuará ocurriendo lo mismo una vez que se arrienden los consumos, según el plan del Sr. Alcalde.

Si no está ahí el *busilis*, no sabemos, francamente, dónde estará.

*
*
*

Se hacen famosos preparativos de política grande y de política pequeña. Van á abrirse las Cortes y se han verificado elecciones municipales. Los que en unas y otras materias profesamos el sano y prudente escepticismo, no podemos comentar estos preparativos de otro modo que llevándonos las manos á la cabeza y diciendo con medrosa voz:—Dios nos coja confesados.

F. NAVARRO Y LEDESMA.



VISTAS DE CONSTANTINOPLA

Tres nuevas y hermosas fotografías que representan curiosísimas vistas de Turquía damos á nuestros lectores en el presente número.

La primera representa el Ministerio de Negocios Extranjeros y la llamada Sublime Puerta, que tiene bien poco de puerta, y menos de sublime. Dos malas columnas con sendos faroles de gas á guisa de entrada de patio de ronda es todo lo que la constituyen. Las deliberaciones del Diván pasan al palacio del Emperador para ser sancionadas por él; después son enviadas al Ministerio de Negocios Extranjeros, y una vez despachadas allí, pasan por la Sublime Puerta para su promulgación como leyes en el periódico oficial del Imperio.

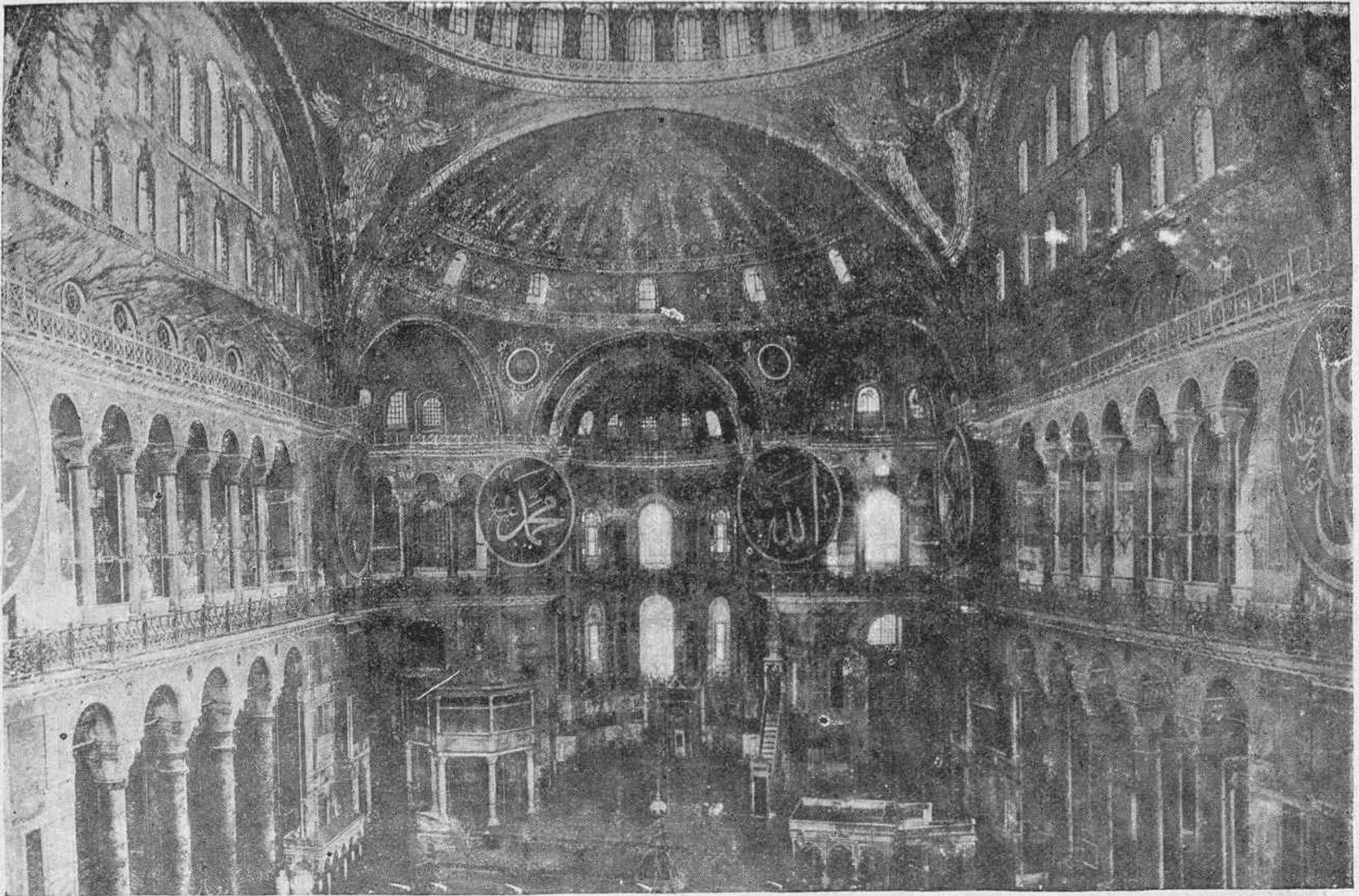
La segunda vista que publicamos representa la célebre basilica de Santa Sofía, construida en tiempos de Constantino, y hoy mezquita dedicada al culto del islamismo. Las maravillas y preciosidades arquitectónicas de este edificio son muchas, y su descripción no cabría en este reducido espacio.

Sobre el Bósforo, dando frente á Scutari, está erigido el cementerio turco, titulado «Campo de los muertos», que ofrece á la vista del espectador un conjunto originalísimo, con sus piedras tumulares blancas terminadas por el *torbuz*, fez ó gorro turco en las de los hombres, y en una corona blanca las de las mujeres, destacándose sobre el fondo azul del mar y mezcladas con el verde de los árboles y de las plantas. Espectáculo por demás pintoresco, que hace olvidar por unos instantes que aquélla es la triste mansión de los muertos.

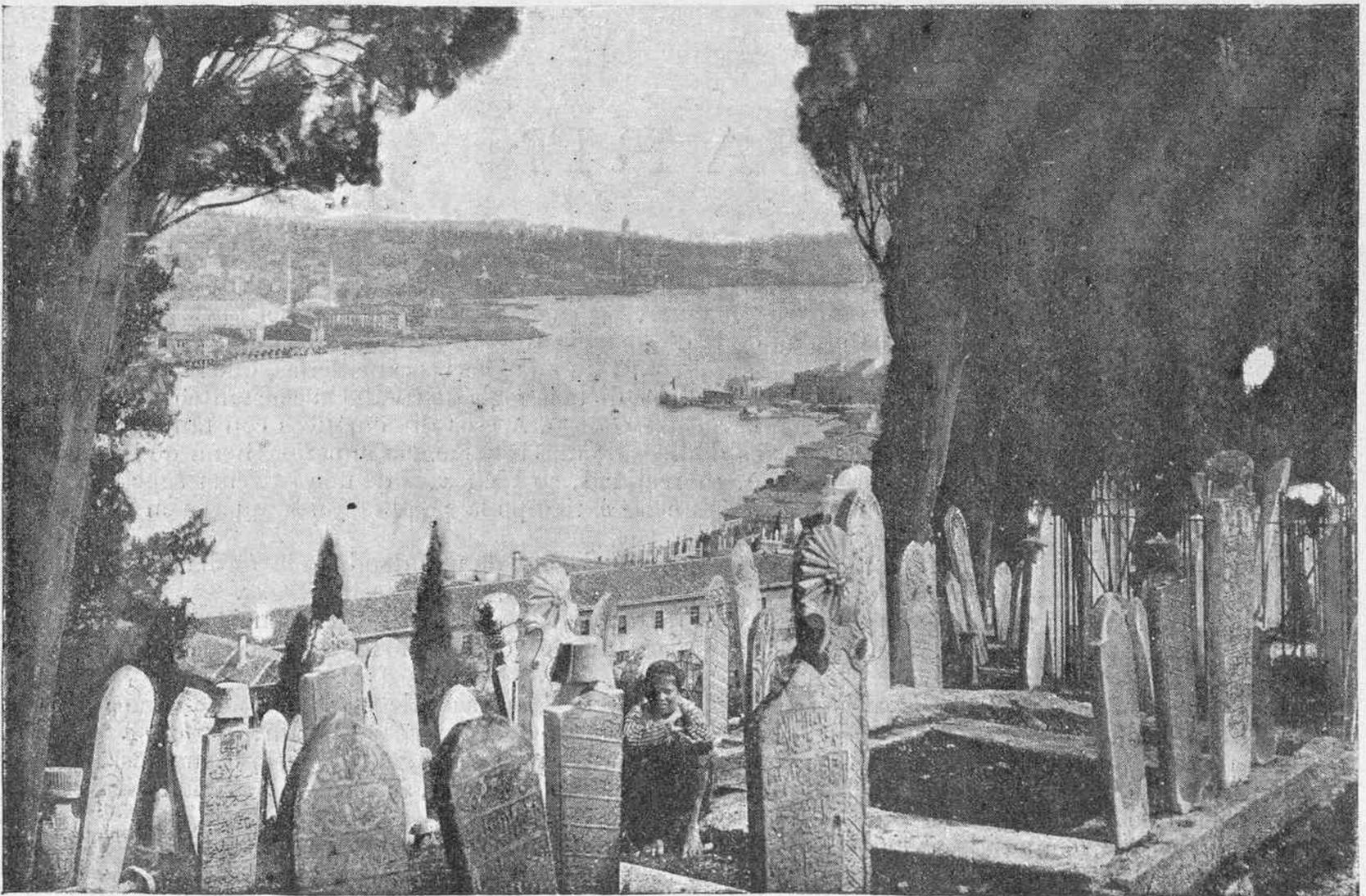
Tal la que reproduce la tercera de nuestras fotografías.



LA SUBLIME PUERTA.

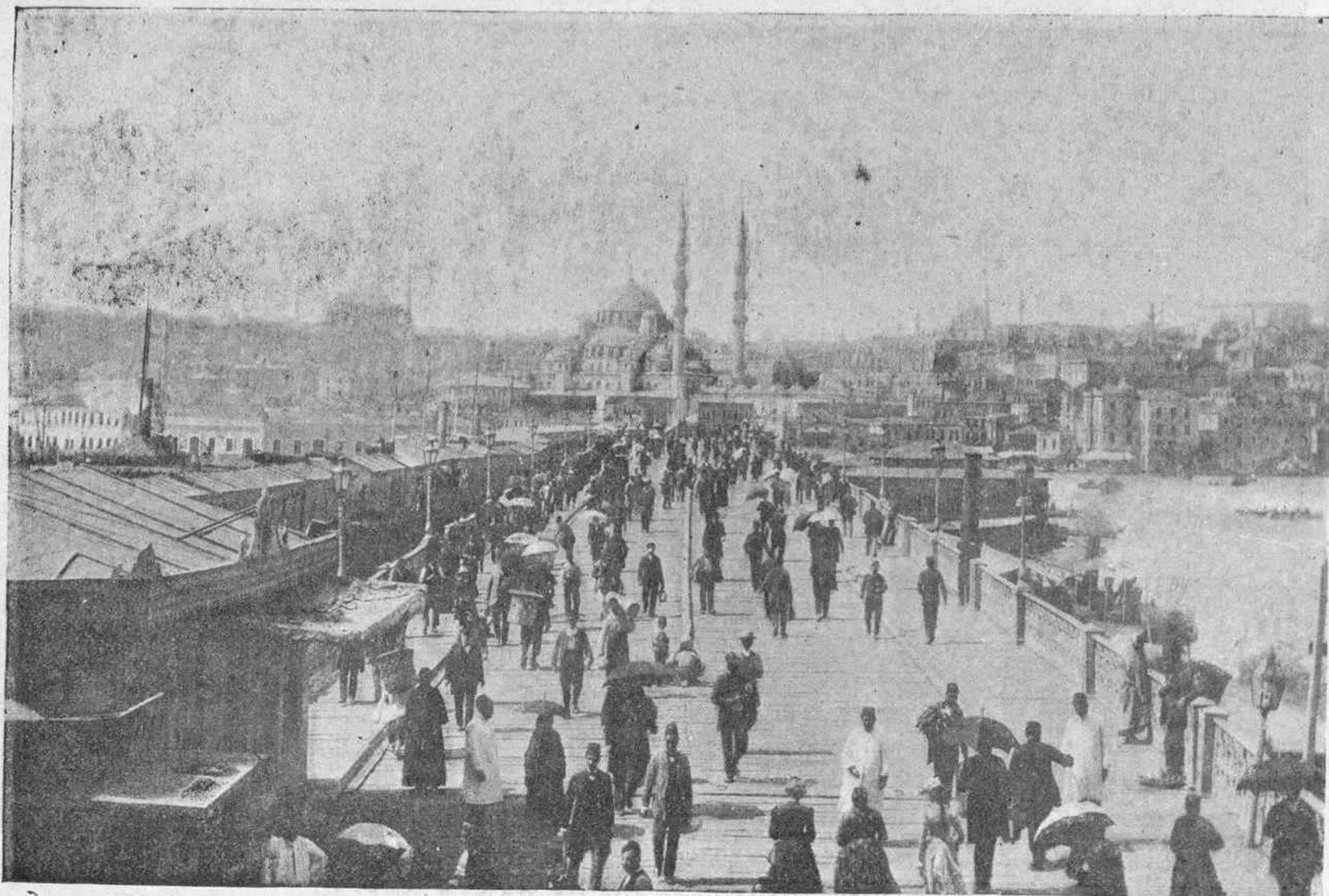


INTERIOR DEL TEMPLO DE SANTA SOFÍA.



CEMENTERIO TURCO.

COSAS DE TURQUÍA



CONSTANTINOPLA.—PUENTE DE GÁLATA.

(De fotografía directa.)



YARIN

HORA vuelve á ser de palpitante actualidad la eterna cuestión de Oriente. Europa entera vuelve sus ojos á Turquía y á Grecia.... Se ha dicho tanto de Grecia en estas últimas semanas, que es oportuno decir algo de Turquía.

La habilidad de la diplomacia turca goza de gran fama. Los diplomáticos turcos inspiran tal desconfianza en todas las cancillerías, que la conocida frase de «eres turco, no te creo», dicta la regla de conducta constante que las Potencias siguen con la *Sublime Puerta*. A esos diplomáticos con tanto recelo acogidos supóneselos dotados de una inteligencia superior, llena de inagotables recursos, cuando, en realidad, su táctica es de una extrema sencillez, pues sólo consiste en pronunciar á tiempo la palabra *yarín*, que es en Turquía la palabra más frecuente.

Pedid á un turco el cumplimiento de una promesa, ó el pago de una deuda, ó la formalización de un compromiso, y siempre os contestará: *Yarín, yarín, yarín*. *Yarín*, quiere decir *mañana*.

Dejar para mañana todo lo que puede turbar el reposo del día de hoy es la tendencia dominante en el carácter turco.... Y para conservar ese reposo, prometer mucho y cumplir lo menos posible...., lo más tarde posible.

La principal fuerza de Turquía es la fuerza de la inercia; gracias á ella el Imperio otomano continúa subsistiendo. Buen ejemplo de ello fué lo ocurrido después del Congreso de Berlín, que dió á Grecia la Tesalia y una mitad del Epiro. Turquía, con su pasiva resistencia, consiguió que los acuerdos del Congreso de Berlín no se cumpliesen, hasta que en 1883, Grecia, cansada, se resolvió á aceptar una simple rectificación de fronteras.

«*Yarín, yarín*», contestábase todos los días en Constantinopla á los representantes de los Gobiernos europeos. Y el *yarín, yarín* turco se impuso á los solemnes acuerdos de las Potencias reunidas en la capital de Alemania.

*
*
*

¿Es todo inercia, inmovilidad? No; es también fatalismo. El turco lo deja todo para el día siguiente... porque no cree en el día siguiente. El proverbio musulmán nos lo dice: «Vale más el huevo de hoy que la gallina de mañana.»



TIPOS TURCOS.

Esta filosofía es, después de todo, la filosofía de un pueblo decadente que tiene conciencia del porvenir que le está reservado.

Varios proverbios turcos nos darán idea de cómo allí se entiende la ciencia de la vida.

Uno de ellos dice: «Cuando seas yunque, calla y aguanta. Cuando seas martillo, calla y pega.»

Después de reflexionar sobre las alternativas de la suerte humana, practica el turco multitud de máximas que, por lo general, revelan gran sabiduría. He aquí algunas de ellas, que no son sólo útiles para los turcos, sino también para los demás hombres:

«Oye mil veces y no hables más que una.»

«Más vale sabio enemigo que loco amigo.»

«Prefiere perder un ojo de la cara á adquirir mala fama.»

«Quien llora por todos, acaba por perder los ojos.»

«Cuida á tu caballo como amigo, móntalo como enemigo.»

Muchos de sus proverbios son el resultado de una observación exacta y profunda:

«Aunque la lengua no tiene huesos, se basta para romperlos.»

«Contra árbol sin fruto nadie tira piedras.»

«El loco tiene el corazón en la lengua. El sabio tiene la lengua en el corazón.»

«El ignorante es el enemigo de si mismo; ¿cómo ha de ser el amigo de otro?»

«Los consejos para un loco son tan inútiles como el jabón para un negro.»

La idea que tienen los turcos de la mujer se abre paso en el proverbio siguiente:

«De mujeres, como de caballos, la que el azar os pone á la mano.»

Un proverbio hay muy usado en Turquía en el cual se nos da el secreto de toda la habilidad otomana:

«Nada se arriesga con prometer lo que Alá impide cumplir.»

Y en este otro, también allí muy usado, «Si no puedes ganar un día, gana una hora; si no puedes ganar una hora, gana un minuto», aparece el invariable *yarín*, que es la desesperación de cuantos tienen que tratar con un turco.

*
*
*

¿Sería por eso del *yarín* por lo que lord Byron, en *Child-Harold*, comparó á los turcos con los españoles?

El *yarín* del extremo oriental de Europa corresponde perfectamente al *mañana* de este extremo occidental.

Mas en el empleo de esta expresión hay esencial diferencia: el *yarín* lo usan los turcos para engañar á los demás, y el *mañana* lo usamos nosotros para engañarnos á nosotros mismos.

Que nuestra pereza nos arruina y hay que trabajar.....

— ¡Ya trabajaremos! ¡Mañana!

Que la ignorancia de este pueblo es enorme y hay que educarlo.....

— ¡Ya lo educaremos! ¡Mañana!

Que hay aquí muchas cosas que arreglar y nunca nos ponemos á ello.....

— ¡Ya lo arreglaremos todo! ¡Mañana!

Y así pasan los días, los meses y los años, sin que ese *mañana* llegue. Según la frase ya clásica, tan oportuna hoy como ayer: ¡Siempre mañana y nunca mañanamos!

¿Es que acaso nosotros tampoco creemos en el día siguiente, y por eso decimos *mañana*?

Hay que suprimir ese plazo que á nosotros mismos venimos dándonos indefinidamente.....

Dejemos para los turcos el *yarín yarín*, y nosotros no digamos ya nunca *mañana*, sino ¡HOY!.....

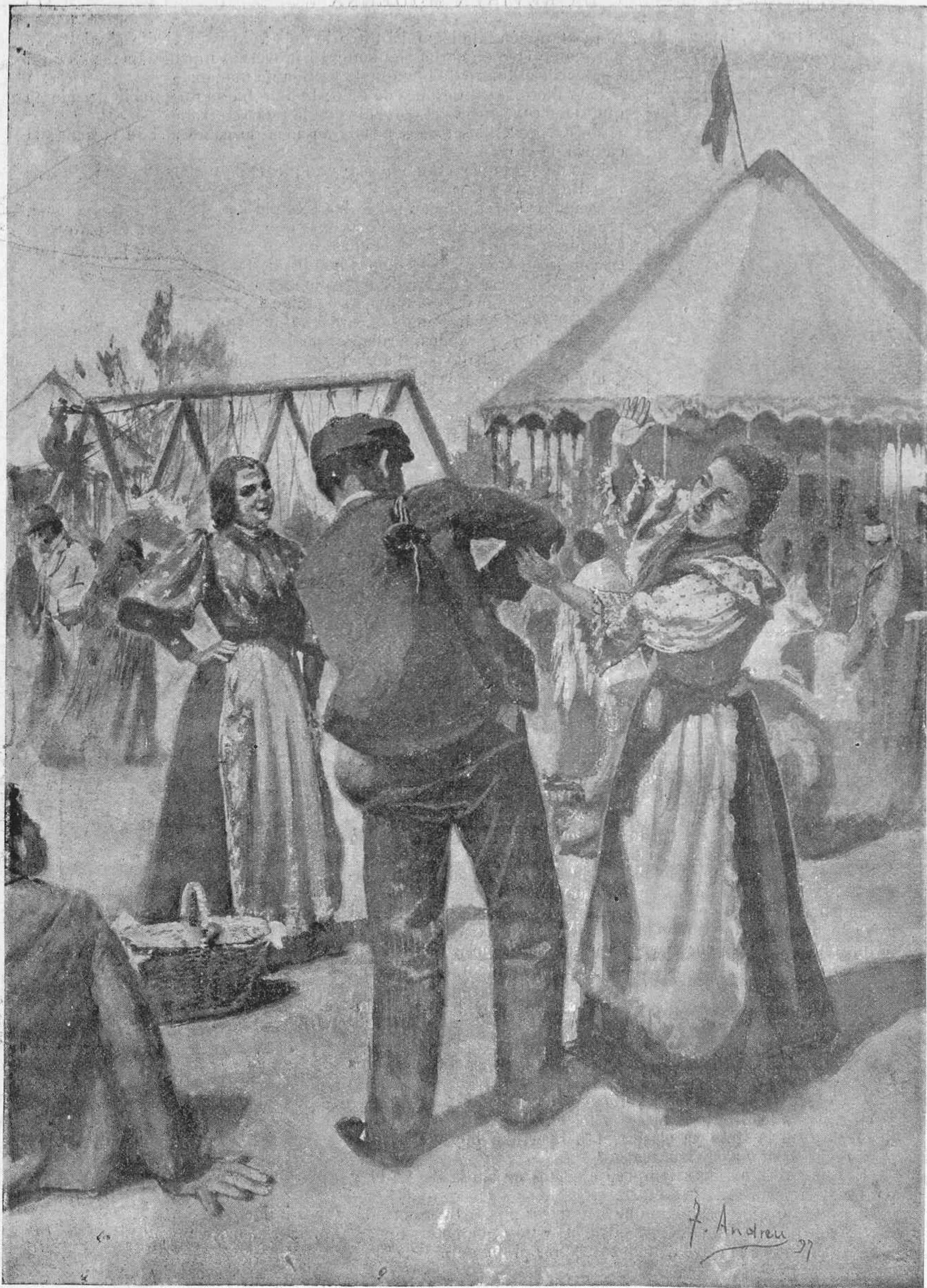
Esta palabra es la clave de todos nuestros problemas.



TIPOS TURCOS.

ERNESTO GARCÍA LADEVESE

DE ROMERIA!



VINO Y CHULETAS, DIBUJO DE ANDREU.



¡JUVENTUD!

Llenos de luz tus ojos soñadores,
y en tu desierto corazón el frío,
ahora es tu pecho como altar vacío,
sin ídolos, sin luces y sin flores.

Cuando renazca la serena calma
y el ansia dulce del amor te ciegue,
cuando el invierno á tus mejillas llegue,
la primavera bajará á tu alma.

Yo, que sin Dios, ni norte y sin alientos,
mordiéndome en el pecho la esperanza,
te miro como nave que se lanza
favorecida por el mar y el viento.....

Si á mi roca vinieres, ¡bien venida!
diré al verte de lejos un instante,
que al fin llegaste espléndida y triunfante.
á las desiertas playas de mi vida.

MANUEL PASO.

(Dibujo de Gili Roig.)



DE MERIENDA, DIBUJO DE ALCALÁ GALIANO.



GUIA DEL PERFECTO ISIDRO

¡Ante todo y sobre todo, salud!

Salud á ti que vienes á la villa y corte por la primera vez, y salud y *retesalud* á ti que *reincides* y abandonas ora la provincia, ora el terruño, para volver á recrearte paseando por las aceras de la calle de Alcalá ó revolcándote (en el buen sentido de la palabra) sobre la menuda hierba de la pradera de nuestro bendito patrón San Isidro.

Para tus recreos y naturales aficiones,

*Todo está igual;
parece que fué ayer.*

Es decir, parece que fué el *otro ayer* de San Isidro.

Iguales calles iluminadas y anchas, igual trajín de coches, la misma voz de sirena engañadora y ronca, que te gritará desde el pescante: ¡Eh! ¡Al santo! ¡Al santo!

Y dócil de tuyo, caerás de nuevo en la dulcísima tentación de solazarte, viendo cómo se columpian las *desahogás* y cómo se tambalean los *curdas de nacimiento*.

(Dibujo de J. Francés.)

No sé por qué recuerdo ahora el célebre letrero que mandó poner Fernando VII en los balcones del palacio del Pardo, con ocasión de la renombrada fiesta de San Eugenio.

El pueblo soberano y sibarita, después de atiborrarse de delicadas bellotas, se dedicaba á la legítima expansión de disparar cohetes, y de tirar alguna que otra pedrada como desahogo natural de las bellotas.

Fernando VII hizo fijar un histórico letrero que decía:

DE ORDEN DE S. M. SE PROHIBE HACER BARBARIDADES.

Otro letrero podría ponerse en mitad de la Pradera, concebido en estos ó parecidos términos:

DE ORDEN DEL SENTIDO COMÚN SE PROHIBE HACER TONTERÍAS.

Pero como el mundo, por lo que se ve, no lleva por ahora trazas de cambiar, ¡Que viva la gallina y que viva con su pepita!, y vengan tortillas de escabeche, vino de Arganda, torraos y arcagüés, pitos floridos y botijos panzudos, y quiera Dios que no nos falte una rosquilla del santo ó del diablo que llevarnos á la boca, ni una mala tía Javiera á quien decirle cuatro chicoleos. A este lastimoso extremo hemos venido á parar.

¡Antiguamente!, ¡ah!, antiguamente ¡oh caro isidro! era otra cosa.

Cambiaban los majos el traje de yesca por el de airosos caireles; las mujeres (¡que daba gloria verlas!) lucían el guardapiés para tontillo, y en aquella pradera, llena de luz y de colores, alternó más de una dama ilustre con Goya y con Pepe-Hillo.

Todo aquello pasó, menos el *mujerío*, porque «la tierra no se cansa de dar flores», que dijo el poeta; y por lo que notarás, no tan sólo no se cansa, sino que las produce mejores y más superfinas. Tú, que ya lo viste, y tú que lo verás, convendrás conmigo en que la cosa ha tenido poquita variación. Los mismos tenderetes, en los que la gente se empuja y se codea, tomando vez para una indigestión; los mismos botijos; los mismos pitos.... ¡ah!

Pero no te creas ¡oh caro isidro! que el Madrid de este año es el Madrid que tú has conocido. Hay variaciones importantísimas, en las cuales te ruego fijes la atención.

Antes de que vayas á la Pradera, ven conmigo (que no irás mal acompañado) y te enseñaré lo más notable de las reformas.

Ya estamos en los comienzos de la calle de Alcalá. Y ahora canta conmigo como en *La Verbena de la Paloma*:

—Ya estás frente del Banco,
.....
y ahora, ¿qué vas á hacer?

CORO DE ISIDROS.
—De un lado la cartera.....
y de otro el corazón.....

—Bueno, basta; ¡basta de música!, y pasemos de largo; no por nada, sino porque tenemos mucho que hacer. ¡Las doce y cuarto! *Ahuenquen ustedes el ala.*

Vámonos de este sitio de codicia,
templo de la avaricia.
Do quisiera vivir eternamente
¡por mor de los billetes *mayormente!*
Adora el templo de la humana gloria.
¡Aquí está todo!: la honradez y el vicio,
la pena, el llanto, la virtud, la historia,

la fortuna, la risa y el suplicio.
Míralo y no te inquietes.
¡Un sarcófago lleno de billetes!
Aquí está lo que manda y lo que impera,
los que vencen, de fijo,
y como Cavia dijo:
—Éstos se han puesto el mundo por montera.

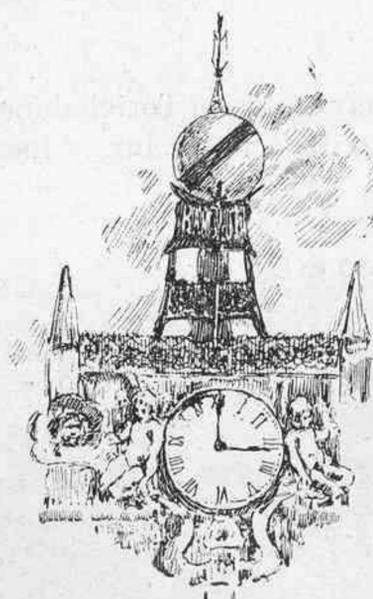
Abandonemos este lugar, en donde la felicidad es un libro estampado en páginas de billetes de mil pesetas.

Vamos hacia la Puerta del Sol. Pero antes quiero que te detengas en el *verdadero* San Isidro, y quiero que veas á la *verdadera* tía Javiera. El Santo no está este año en la Pradera; lo han trasladado, provisionalmente, al Ministerio de Hacienda.

Contempla la nueva ermita,
en la que tu devoción,
quieras ó no....., deposita
lo de la contribución (?).

Amén de los *machacantes* que dejarás. ¡Hijos del Sol!
No verás este año los piadosos restos del Santo Patrón; pero, en cambio, verás un *santo vivo*, y gritarás al verle: ¡Milagro!

Me alegro de verte güeno. ¡Morlesín sea loado!
¡Milagro patente! Igual que aquel de que habla la





tradición, explicando el modo y manera cómo los ángeles labraban esta tierra. Verdad es que en esta tierra, con el concurso de los ángeles y todo, *solemos* recoger media docena de pimientos, si á mano viene, y con perdón sea dicho.

¡¡Vamos de prisa! Corramos de aquí, que quiero enseñarte la archimonumental farola de la Puerta del Sol.

Canta conmigo otra vez:

*¡Santa Cruz de Mudela,
cómo reluces!*

*¡Vaya un Ayuntamiento
de pocas luces!*

¿Que las hay mejor en Majadahonda? Y ¿qué? ¿Que las hay mejor en Torreldones? Bien ¿y qué? Que todos nos creíamos que el Ayuntamiento iba á hacer luz, y luego se nos descuelga con un candil.

¡Natural! Bien está el candil para el *fandango que se traen.*

Ahora voy á enseñarte lo primero que todo buen forastero desea ver.

La casa de fieras.

Vamos de prisa, y entremos pronto.

Aquí tienes los mejores ejemplares de este año.



Entre los hombres cabales
Cabriñana es una fiera,
y Madrid entero espera
que aun devore concejales.



Á la clara luz del sol,
ve al león de la victoria.
Descúbrete ante una gloria
del ejército español.



Compare. mire usted
la fiera de Ultramá.
—¿Y de la fiera qué?
—Pues de la fiera ná.

Vamos ahora donde deseas: á la Pradera, ¿no es verdad?

¡Alientos de juventud! ¡Gritos de loca alegría! ¡Entusiasmos de sangre nueva!

La vida, que se manifiesta esta tarde en una carcajada.

Ve aquellos grupos pintorescos que cantan y ríen.

¿Qué deseas más?

—Ver el *Tío Vivo*.

—Hijo mío, este año ha cambiado. El único *tío vivo* que hay en Madrid es Bartolo.

Ya has visto, pues, todo lo nuevo de esta decantada villa, á la que viniste lleno de entusiasmo y de ilusiones.

LA REVISTA MODERNA ha procurado que te sirva de guía una madrileña castiza, pura y neta; por lo demás, quiera Dios que el año que viene vengas con salud y te encuentres con tan buena compañía.

Por la sobrina menor de la Tía Javiera, que no entiende de pluma,

MANUEL PASO.



EN LA ROMERIA DE SAN ISIDRO



LAS MEJORES ROSQUILLAS, POR GIMÉNEZ MARTÍN

EL CAPITÁN DE LA CUARTA

I.

A todos nos sorprendía que á pesar de las penalidades de aquella vida de perros que llevábamos hacía más de tres meses, el capitán Albudeite no dejara de acicalarse ni más ni menos que si estuviéramos en los más apacibles tiempos y se tratase de asistir, no á uno de los frecuentes encuentros que teníamos con las tropas del Pretendiente, ó con alguna de las muchas partidas que infestaban la Rioja Alavesa, sino de presentarse en ostentosa parada, para ser revistados en el Prado de Madrid por la mismísima augusta persona de la Reina gobernadora.

Las carrilleras de metal de su alto y cuidadosamente enfundado morrión parecían de oro; su casaca de estrechísima manga, de elevado cuello y de largos y escurridos faldones, había perdido todo asomo de pelo, pero en cambio no dejaba ver en toda su extensión ni la más ligera mancha, ni el más leve zurcido, y lo que era más extraño todavía, el blanco pantalón de cutí, que el retraso de nuestras pagas nos obligaba á usar á mediados de Diciembre, conservaba siempre una nitidez que no todos lograban ni en las comodidades y descansos de la vida de guarnición.

A parte de esto, que ya llegaba á constituir su vicio, nadie tenía que reprochar al capitán de la cuarta del provincial de Santoña el más mínimo defecto.

Modelo de caballerosidad y finura, era tan exacto cumplidor de sus deberes militares, que ni el mucho que hacer que le daban los continuos empeños amorosos en que á las pocas horas de llegar á poblado estaba ya metido, ni el largo espacio que indudablemente consagraba al atildamiento de su persona, lograron ni una sola vez hacerle llegar con un segundo de retraso adonde el redoble de los tambores ó las órdenes de sus jefes le llamaban.

Que por valiente le reputábamos todos, no hay para qué decirlo. El soldado español lo es siempre, y en aquellos días habría pocas hojas de servicio con la frase: «valor, se le supone.»



II.

Á pesar de esto, fuerza es confesarlo. Cuando empezó á tomar cuerpo el rumor de que la facción se aproximaba y que tendríamos necesariamente que salir de la inacción en que ya estábamos hacía más de una semana, el capitán Albudeite torció el gesto, y aun acentuó más de lo acostumbrado aquel entrecejo que, al decir de la fama, tantos estragos hacía en los corazones, de suyo blandos, del sexo débil de aquellas provincias.

La causa de ello no era por cierto que el bravo y pundonoroso militar temiera una nueva función de

guerra. Algo más fútil era lo que le hacía maldecir en su interior la prisa que las tropas del Pretendiente se habían dado para caer sobre la importante población que ocupábamos, y de la cual, á falta del nombre, diré que era de las pocas animadas de un espíritu francamente liberal.

Una de las familias más pudientes y alcurniadas preparaba un baile en obsequio á la oficialidad del ejército cristino; las invitaciones estaban ya repartidas, y la fiesta, que prometía ser suntuosa, debía celebrarse de allí á dos días.

Claro es que la acción en que no teníamos más remedio que aventurarnos echaba por tierra todos aquellos preparativos; y como de allí á la noche fijada para el sarao sabe Dios dónde habríamos ido á dar con nuestros huesos, sobre todo si la suerte no nos era favorable y los facciosos nos obligaban á abandonar nuestras cómodas y ventajosas posiciones, el capitán Albudeite no cesaba de lanzar unos ternos y de mascullar unos votos á que su corrección de formas nos tenía poco acostumbrados.

III.

Las órdenes que no tardamos en recibir nos mandaban no efectuar movimiento alguno hasta los primeros albores de la mañana.

Entonces, la mitad de nuestras fuerzas quedaron situadas en los puntos estratégicos de la población, para el caso de ser necesaria la defensa, y la otra mitad se incorporaría á poco más de una legua con una columna volante que operaba por aquellos contornos dispuesta á resistir el empuje de la facción.

Nosotros formábamos parte de esta segunda mitad, y esperando el toque de marcha nos recogimos á nuestros alojamientos.

El día había sido lluvioso por extremo; y aunque á la caída de la tarde había dejado de caer agua, compactas y plumizas nubes seguían entoldando el cielo.

El capitán de la cuarta se pasó la noche nervioso é intranquilo. Cada cinco minutos se asomaba á la ventana para consultar el estado del tiempo. Nadie hubiera dicho sino que de lo que se trataba al día siguiente era de una alegre partida de campo, en que lo principal era un sol claro y un piso seco.

IV.

Y en lo primero, sobre todo, se vieron cumplidos los deseos del capitán Albudeite.

Un viento norte que se nos metía hasta los huesos barrió á la salida del sol, y como por ensalmo, los nublados, mostrándonos el cielo con ese azul profundo, propio de los días claros de invierno.

Media hora llevaríamos de marcha cuando el ruido de la fusilería nos anunció que la acción estaba ya empeñada; y como nos hicieran redoblar el paso, no tardamos en distinguir entre las columnas de humo, en una altura de escasa elevación, los morriones de nuestros infantes y los chascás de nuestras tropas de caballería, y poco más allá, en una ancha planicie, las boinas blancas que adornaban sin distinción las cabezas de peones y jinetes carlistas.

Una ojeada nos bastó para comprender que nos las habíamos con fuerzas muy superiores á las escasas de que se componía la división volante, y que aun con nuestro refuerzo y todo, habría que batir bien el cobre, ó á las primeras de cambio tendríamos que ceder el paso al enemigo, que con poco trabajo se posesionaría de la posición.

Lo más desesperante para nosotros fué que, en vez de hacernos avanzar hasta el centro para cargar sobre el punto de más peligro, se nos colocó con un par de regimientos más en la retaguardia, con objeto de estorbar en el último trance el paso de los enemigos, en el caso de una derrota por nuestra parte.

Este momento no se hizo esperar, por desgracia, mucho tiempo.

Todo el heroísmo de nuestros soldados no fué bastante á resistir la fuerza numérica y el denodado arrojío de los partidarios del Pretendiente; y los que habíamos sido hasta allí inactivos testigos de la acción pasamos á desempeñar en ella papel principalísimo cuando ya todo parecía perdido.

Y nos defendimos, ¡vaya si nos defendimos! Por espacio de más de tres cuartos de hora destruimos, casi solos, aquel terrible aluvión de sables y bayonetas, que parecía multiplicarse para atacarnos por todos lados.

Mas ¡ay!, de pronto nuestro ánimo empezó á flaquear. Un segundo bastó para que en todos los cerebros germinase la idea de lo temerario de nuestro empeño; ese ciego instinto de conservación, ante el que no hay heroísmo posible, se apoderó de todo el mundo, y el temible «sálvese el que pueda» cundió por las filas.

La más desordenada de las retiradas dió comienzo. Nadie pudo sustraerse al contagio.

Sólo el capitán Albudeite, que, en honor de la verdad, también había vuelto el rostro, se detuvo un segundo.

V.

Detrás de nosotros, el único paso que nos dejaba ya libre la masa envolvente de boinas blancas era una especie de hondonada, que las copiosas lluvias de los días anteriores habían convertido en un lago de fango.

Al atravesarlo, los caballos se hundían hasta las cinchas, y los infantes, sepultados hasta la mitad del

cuerpo en aquella masa líquida, defendían con trabajo la otra mitad de las salpicaduras que el galope de los espantados brutos producían.

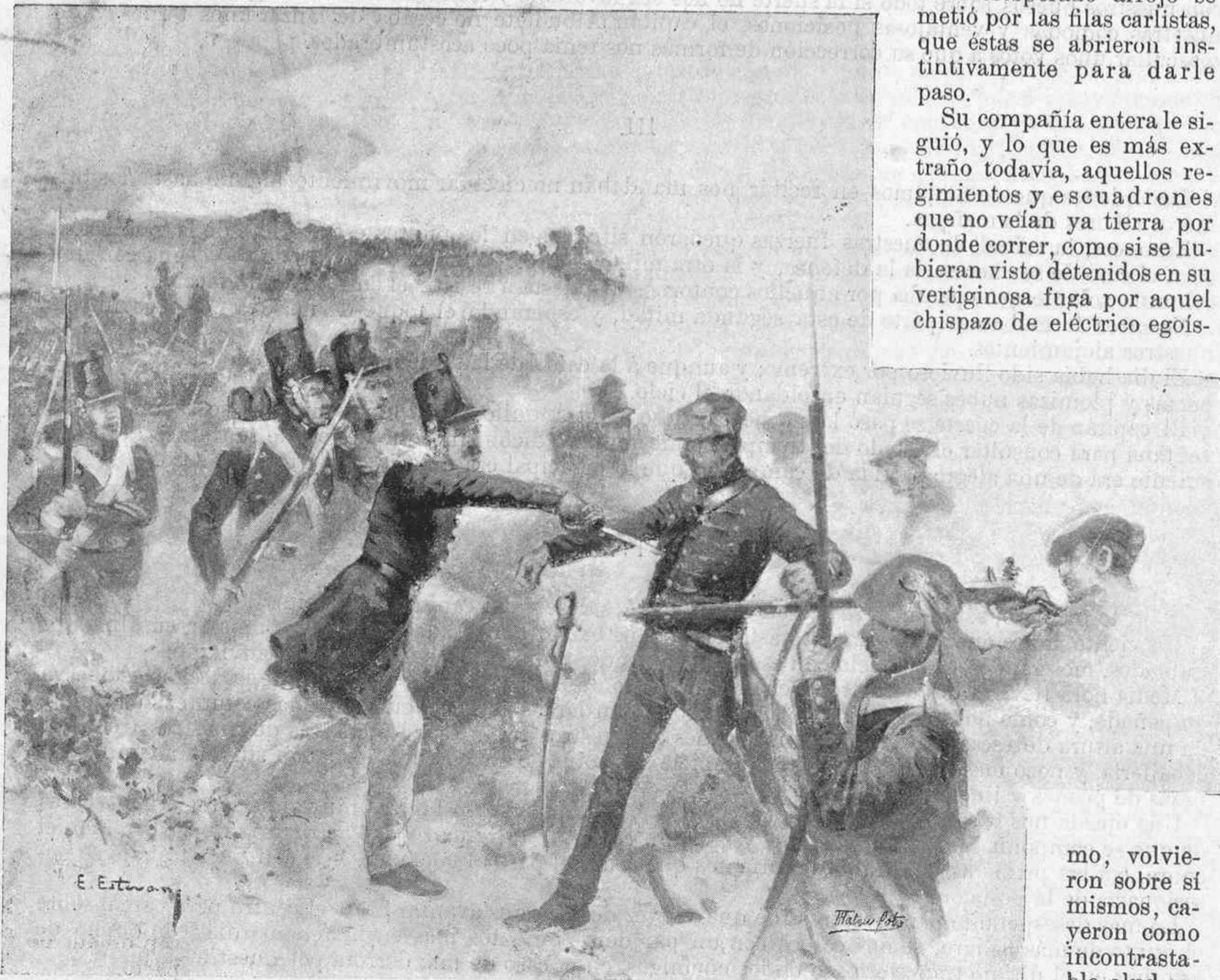
Todo el provincial de Santoña se veía ya arrastrado por el movimiento. Sólo la cuarta compañía se mantenía aún en relativa disciplina, esperando la orden para comenzar la retirada.

Su capitán vaciló un momento entre aquel mar de légamo que tenía delante y las apretadas haces de facciosos que ya quedaban á su espalda.

De pronto, su rostro se transfiguró, su esbelta figura pareció adquirir súbitamente las proporciones con que la imaginación se finge á los héroes de Homero, y gritando: *¡Adelante, muchachos! ¡Viva la Reina!* Con

tan desesperado arrojo se metió por las filas carlistas, que éstas se abrieron instintivamente para darle paso.

Su compañía entera le siguió, y lo que es más extraño todavía, aquellos regimientos y escuadrones que no veían ya tierra por donde correr, como si se hubieran visto detenidos en su vertiginosa fuga por aquel chispazo de eléctrico egoís-



brada facción, y empeñóse de nuevo y con mayores bríos el combate. Algunas horas después, lo que debió ser irremediable desastre, se trocó en una de las más brillantes victorias alcanzadas en aquellos días por el ejército cristino.

mo, volvieron sobre sí mismos, cayeron como incontrastable alud sobre la asom-

VI.

El baile, aquel suspirado baile que ya creíamos perdido, se celebró la noche inmediata con una suntuosidad y un boato que no he podido olvidar á pesar de los años transcurridos.

El héroe de la fiesta era el capitán Albudeite, que, como de costumbre, hacía resaltar lo astroso de nuestro aspecto con la limpidez del uniforme de gala que lucía.

Allí fué donde supimos que, á propuesta del general en jefe, se abrió al día siguiente juicio contradictorio para premiar el último glorioso hecho de armas de nuestro capitán con la cruz laureada de San Fernando.

Sin embargo, que éste no estaba completamente satisfecho de sí mismo, lo decía el que siempre que alguien se acercaba para felicitarle, él, encogiéndose modestamente de hombros, se limitaba á responder:

—Créanme ustedes, si no hubiera habido barro, los oficiales carlistas, y no nosotros, serían los que á estas horas estarían bailando aquí.

ÁNGEL R. CHAVES.

ACTUALIDADES.—EL INCENDIO DE PARÍS



EL BAZAR DE LA CARIDAD ANTES DE SU INAUGURACIÓN.



LA GRAN CATÁSTROFE.

(Croquis remitidos por Mr. F. Marquis.)

LA REVISTA MODERNA.

BATURRILLO

CONCURSO DE FOTOGRAFIAS

(Véase nuestro número anterior.)

En los prospectos volantes que hemos hecho circular anunciando dicho concurso se ha deslizado una errata, que rectificamos aquí para fijar bien la idea que queremos expresar. Al final del párrafo que empieza: *Veinticinco terceros premios*, donde dice: «y otro á la mayor ampliación», debe decir: «y otro á la mejor ampliación.»

Para evitar dudas, advertimos que no es necesario que las fotografías vengan acompañadas de sus negativas. Basta sólo con las pruebas en buenas condiciones.

BIBLIOGRAFIA

ACADÉMICOS EN CUADRILLA es un libro del *Bachiller de Estepa*, donde se pone en la picota á ciertos señores académicos. El autor del libro es uno de los pocos escritores que entre la *gente nueva* posee el sentido del habla castellana, y que la escribe con admirable concisión y pureza.

Véndese el librito, muy bien editado por cierto, en todas las librerías al precio de 1,50 pesetas.

CURSO COMPLETO DE TAQUIGRAFÍA, por D. Enrique Mhartín Guix. Divide este competente taquígrafo en solo diez lecciones el nuevo é interesante método que ha tenido la amabilidad de enviarnos, y que permite ser aprendido rápidamente por su claridad y perfección sin necesidad de maestro.

EN CASA DE MI TÍO: Veladas por Antonio.

En poco más de cien páginas trata este escritor, en diálogo ameno y castizo, de problemas filosóficos-morales, que demuestran su gran espíritu de observación y las dotes nada comunes que le adornan como novelista.

MEZCOLANZA, por D. Narciso Magdaleno García.

Contiene trabajos en prosa y verso, algunos de relativa importancia, dedicados con modestia grande al Cuerpo de Carabineros, á que el autor pertenece.

CARTUCHERITA, por Arturo Reyes.

Con el mencionado título ha publicado una novela este distinguido escritor, lo-grando que el interés de la acción y la brillantez de estilo subyuguen de tal modo al lector, que hacen innecesarios los elogios que pudiéramos dedicarle.

LA HIJA DE CERVANTES, folleto de nuestro colaborador Sr. Vidart, en el que con su reconocida competencia comenta y amplía los *Documentos cervantinos*, hasta ahora inéditos, del Sr. Pérez Pastor.

CARAMELOS DE LOS ALPES es el título de un librito de versos del Sr. Taboada Steger, sonoros y bien escritos, á los que precede una Carta-prólogo del popular sainetero Ricardo de la Vega.

PENSAMIENTOS

La hipocresía del respeto es uno de los ingredientes de la sociedad moderna.

La espada es la lengua de los déspotas.

CHARADA



INCÓGNITA GEOGRÁFICA

POR A. NOVEJARQUE

Con un río artificial y un río de Zaragoza, formar una capital española.

Poligrafía, por Francisco Novejarque

Una sue **G**ra cerril, he **CH**a un infierno, dijo á s **U** po **B**re yerno:

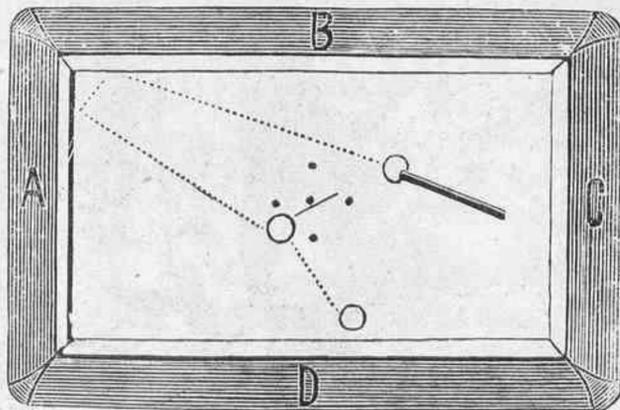
—Eres un vagabu **N**do, y no te d **E**jo en pa **Z** si no te enmiendas; y á dec **I**rse lo voy á t **O**do el mu **N**do en **E**spaña, en **M**adrid y en **A**lcobendas.

Hipérbolos tremenda **S**, cier **T**o declamado **R** tan diestro enca **J**a, que c **U**anto más pondera más rebaja **A**.

Formar con las letras mayúsculas el nombre y apellido del autor de la anterior fábula.

JUEGO DE BILLAR

PROBLEMA NÚM. 3, POR GLOBE-TROTTER.



Este problema no necesita más explicación que el examen atento de la viñeta.

PASATIEMPO PRIMAVERAL

* * * * * 0 *
 * * 0 * * * * *
 * * 0 * * * * *
 * * 0 * * * * *
 * * * * 0 *

Reemplazados los ceros y las estrellas por letras, léase horizontal nombres de flores, y en la vertical de ceros, la diosa de la primavera y de las flores.

JEROGLÍFICO, por M. Marzal

CA, QUE, QUI, CU, P

Los siete sabios de la Grecia

0 * * * * *
 * * 0 * * * *
 0 * * * * *
 * * 0 * * * *
 0 * * * * *
 * * * * 0 *

SOLUCIONES AL NÚMERO ANTERIOR

AL JEROGLÍFICO: Nota de color.

AL JEROGLÍFICO: RECORTE.

Á LA CHARADITA:

AN-DIA-DIAN-A

Á LA COMBINACIÓN GEOGRÁFICA:

MADRID } MADRIDEJOS
JESO }

No se devuelven los originales que se reciban, ni se abona cantidad alguna por los trabajos que no se hayan encargado, aun en el caso de que lleguen á publicarse.